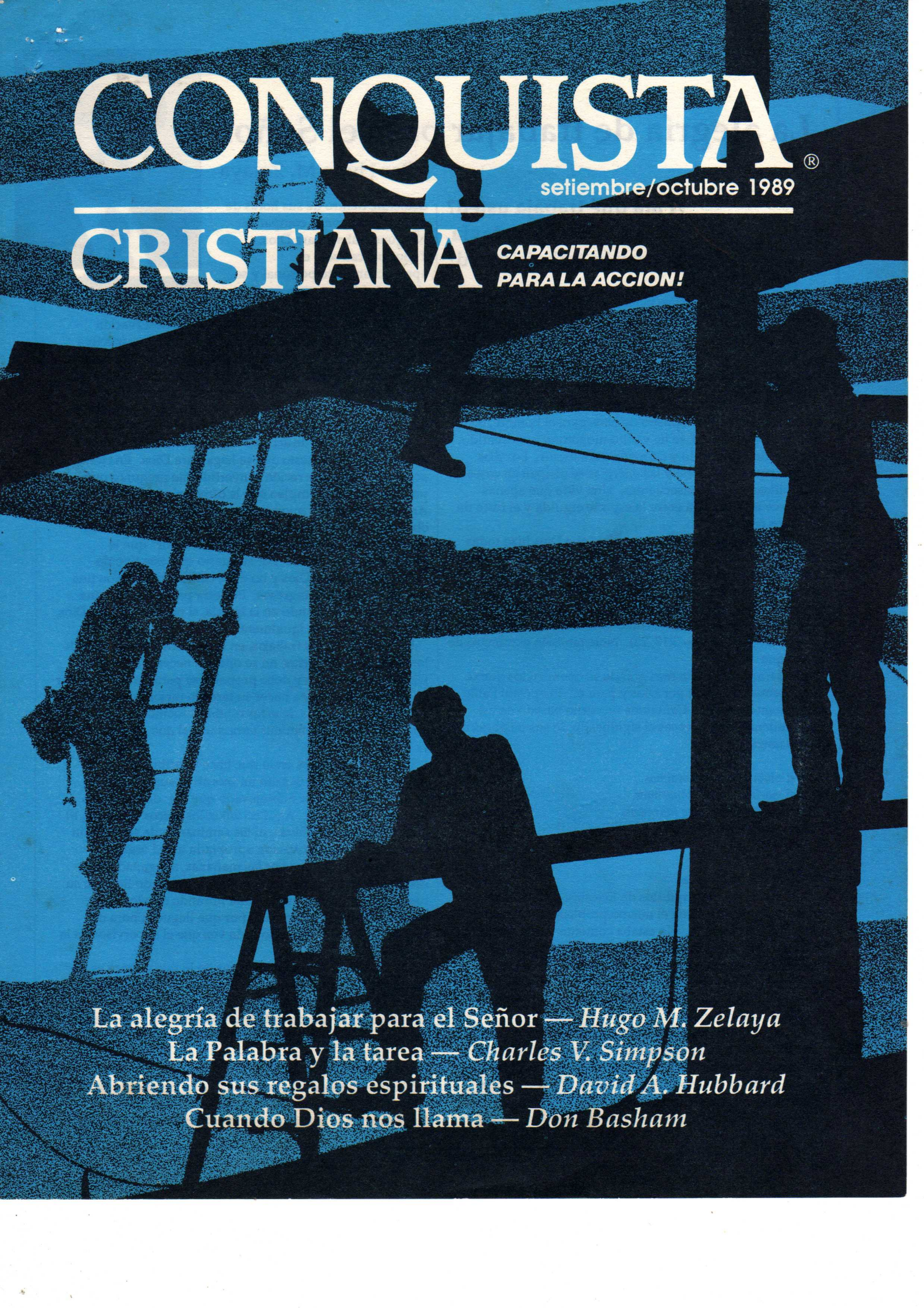


CONQUISTA[®]

setiembre/octubre 1989

CRISTIANA

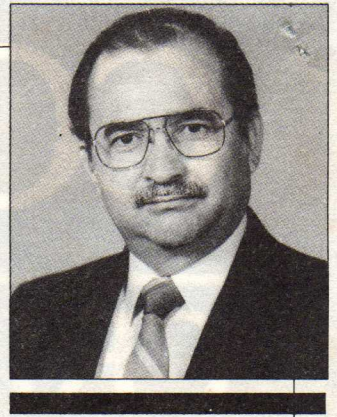
**CAPACITANDO
PARA LA ACCION!**



La alegría de trabajar para el Señor — *Hugo M. Zelaya*
La Palabra y la tarea — *Charles V. Simpson*
Abriendo sus regalos espirituales — *David A. Hubbard*
Cuando Dios nos llama — *Don Basham*

La alegría de trabajar para el Señor

Por Hugo M. Zelaya



¿Para qué trabaja usted?
Mejor todavía,
¿para quién trabaja usted?

M

uchas personas no sabrían qué decir. La mayoría daría una respuesta obvia: "Trabajo para ganar dinero. Sin dinero no se puede vivir." "La compañía se llama Equis. Mi patrón es el señor Fulano. Trabajo para él." Respuestas como estas revelan una falta de visión y

una ignorancia del propósito de Dios para el hombre; o su olvido. Una vida así, se ha vuelto monótona y sin sentido. Carente de significado y de razón para existir. Los días transcurren en el hastío y las energías se disipan en cosas insignificantes e inconsecuentes. Una vida que apenas establece la diferencia entre la especie erguida y el resto de los seres creados.

La Biblia enseña, en forma precisa, que Dios hizo todas las cosas para él mismo (vea Proverbios 16:4 y Colosenses 1:16). Por lo tanto, "todo lo que hacéis, de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias por medio de él a Dios el Padre... y todo lo que hagáis hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres" (Colosenses 3:17, 23). Note también el número de veces que dice *todo*.

¡Qué transformación más grande se opera en los que se dan cuenta que viven por Dios y para él! El apóstol Pablo ciertamente lo sabía. Cantamos un corito basado en ese pensamiento, pero a veces el significado de sus palabras no nos alcanza:

*Y si vivimos, para él vivimos.
Y si morimos, para él morimos.
Sea que vivamos o que muramos,
Somos del Señor, somos del Señor.
(Romanos 14:8).*

Tres capítulos claves

Los primeros tres capítulos de Eclesiastés hablan del trabajo. El escritor tenía el mismo problema que la gran mayoría en el mundo. No estaba contento con su trabajo: lo fastidiaba, lo aburría, y él también lo aborrecía. Ya no creía en lo que hacía. Otro lo aprovecharía y recibiría su recompensa (lea Eclesiastés 2:18). Había equivocado la dirección de su vida. Estaba pensando en su propio provecho y beneficio.

Sin afán de espiritualizar demasiado, este es el espíritu negativo que se ha apoderado de la fuerza laboral en casi todas las naciones del mundo, particularmente en nuestros países latinoamericanos. Por una parte, el patrón no se preocupa de sus trabajadores ni es justo con ellos; y por otra, estos no hacen una buena labor, ni dan todo lo que

debieran, dentro de sus horas de compromiso con la compañía. Ninguno trabaja para Dios. Todos buscan sólo el aprovechamiento personal y se sienten infelices y caen en el cinismo respecto a una ética laboral.

El tema del libro de Eclesiastés no es la observación negativa de que "todo es vanidad", sino una perspectiva sana de la vida y, en particular, del trabajo: usted puede "disfrutar lo que hace." Este secreto cubre todas las áreas de la vida: la secular, la iglesia, la natural y la espiritual. Si queremos vivir satisfechos, tenemos que hacer una buena labor, y ver que nuestro trabajo es bueno.

¿Cualquier clase de acción? De ninguna modo. Se trata de todo trabajo honesto que se haga para Dios. En cierta ocasión, un hombre recién convertido me preguntó qué pensaba yo de un empleo que le ofrecían en una licorera. Antes de que juzguemos precipitadamente, es necesario observar que llevaba varios meses sin trabajar y andaba desesperado por conseguir "cualquier labor" que le produjera una entrada. Por supuesto que este tipo de trabajo deshonra a Dios y no debe considerarse como una posible avenida de ingresos. Por otra parte, aunque una persona esté trabajando en la iglesia, si no lo hace para Dios, está deshonrándolo igualmente.

La mayoría de los trabajos, en la industria, en muchos de los servicios y negocios, no se oponen necesariamente a Dios, y usted puede y debe proponerse personalmente a dar su mayor esfuerzo y a hacer su tarea lo mejor que puede y con alegría. Muchos de estos establecimientos están allí para "recoger y amontonar para darlo al que agrada a Dios" (v.2:26).

Pero para alegrarse en lo que hace y recibir su recompensa, usted necesita un incentivo superior al de ganar un sueldo, por más elevado que sea: debe hacerlo para agradar a Dios. Aquí no valen los trucos mentales, ni las repeticiones positivas, ni los seminarios de superación personal. Sin la motivación apropiada usted seguirá levantándose sin gozo por las mañanas, a regañadientes, disgustado porque tiene que trabajar, y cuando llegue a su lugar de empleo se pasará el día mirando el reloj constantemente desesperado por que llegue la hora de salida, o sentándose ocioso cada vez que el supervisor da la espalda.

El Predicador dice que disfrutar de lo que se hace es un "don de Dios": *a la persona que le agrada, El [Dios] le ha dado... gozo* (2:26). Dicho de otra manera: si usted no trabaja para agradar a Dios, tampoco disfrutará de lo que hace. Tarde o temprano le será "vanidad de vanidades..."

Todo tiene su tiempo

El capítulo tres dice que todo tiene su tiempo y que todo en su tiempo es hermoso. La lista de los sucesos mencionados se pueden poner en dos columnas. De un

lado los que nosotros consideramos "buenos" o "positivos" y del otro los "malos", "negativos" o "desagradables". Aun leyéndolos en la Biblia, a muchos nos cuesta ver lo hermoso en el tiempo de "morir... arrancar... matar... derribar... llorar... lamentarse..." etc. Esto se debe a que no los vemos considerando el propósito de Dios, sino pensando en nuestra supervivencia, ambiciones o comodidades.

En el tiempo de Dios, la "muerte", la "guerra", "llorar", "perder", son hermosos si vivimos para el propósito eterno que él ha puesto en el corazón de los hombres (vea v. 11). Por otra parte, lo que consideramos bueno como "plantar", "edificar", "amar", etc, no agradan a Dios fuera de su tiempo. De manera que no podemos vivir religiosamente y agradar a Dios al mismo tiempo. El religioso considera lo que es "bueno" e intenta hacerlo, y evita lo que le parece "malo". No se detiene a preguntar qué es lo que quiere Dios. Debemos ir un paso más allá: necesitamos tomar en cuenta el tiempo de Dios.

Una tarea divina

Los versículos diez y once dicen que Dios ha dado una tarea para que nos ocupemos en ella, aunque no alcancemos a entender todo el desarrollo de su obra desde el principio hasta el fin. Hay problemas cuando no cumplimos con la tarea que Dios nos ha entregado, cuando no hacemos lo que debemos, o cuando no lo hacemos en Su debido tiempo. Muchos son los que han experimentado su ira por no haber hecho caso a este principio. Israel no quiso cruzar el Jordán y entrar en la tierra prometida cuando Dios se lo ordenó, y después lo quiso hacer fuera de tiempo y él los dejó a merced del enemigo.

Otra verdad implicada en estos versículos es que tenemos una oportunidad limitada para hacer esta tarea que Dios nos ha encomendado. Si bien su encargo es eterno, hay un espacio de tiempo dentro del cual debemos hacerlo en el transcurso de nuestras vidas. Tenemos la eternidad en el corazón, pero la obra de Dios aquí en la tierra se lleva a cabo dentro del tiempo que Dios ha determinado para ella.

Igualmente, hay un lapso asignado para cumplir con sus obligaciones en el lugar de su empleo. Ese tiempo no le pertenece. Usted lo vendió a su patrón. Como sea el sueldo que reciba, bueno o malo, hay un contrato entre ambos que lo obliga a usted a producir dentro de ciertas horas una cantidad de esfuerzo por un salario. Las condiciones sociales no afectan este principio. Pablo aconsejó a los esclavos a estar sujetos a sus amos (Efesios 6:5), y Jesús dice que cuando hemos terminado de cumplir con nuestras responsabilidades "siervos inútiles somos: hemos hecho sólo lo que debíamos haber hecho" (Lucas 17:10).

Hay por lo menos dos maneras de saber si estamos agradando a Dios. La primera es que tenemos interés en lo que hacemos. Nos importa lo que suceda en nuestro trabajo. Queremos que todo salga bien. La segunda es consecuencia de la primera: disfrutamos la tarea. No hay nada más terrible que hacer algo con disgusto, ni nada más saludable que hacer nuestro trabajo con alegría. El

principio es este: "Porque la persona que le agrada, él le ha dado... gozo" (2:26).

De manera que agradamos a Dios cuando hacemos nuestro trabajo para él, y cuando cumplimos con nuestras responsabilidades dentro del tiempo que se nos ha asignado. Cuando Dios está satisfecho, nosotros estamos alegres y entramos a un lugar donde él nos puede bendecir.

Cinco objetivos en Eclesiastés

1. *Motivarlo a renovar su visión.* Si usted trabaja, estudia, es una ama de casa o un profesional y lo hace todo sólo para llenar las necesidades básicas de la vida, ha regresado al lugar de los "gentiles" (vea Mateo 6:32); ha perdido de vista el propósito de su existencia y necesita renovar su visión. Esta renovación es algo que el Espíritu Santo tiene que hacer constantemente. Es muy fácil desviar la atención hacia cosas inanes que no resistirán la prueba del fuego.

Renovar implica que una vez hubo algo de valor en existencia. Significa "hacer una cosa de nuevo, o sustituirla con otra igual."¹ Se trata de remover lo que se ha deteriorado para poner en su lugar algo que sirva. También quiere decir refrescar, quitar lo añejo y traer vida nueva.

El escritor de Eclesiastés comenzó con una visión loable. Pidió sabiduría para guiar al pueblo de Dios. Pero otros intereses ofuscaron la meta de su vida y fue necesario restaurar su intención original.

2. *Llevarlo a hacer una evaluación y un inventario de su vida.* Una manera de mantener fresca la visión es hacer con frecuencia una evaluación de lo que usted ha logrado para Dios en el transcurso de una medida de tiempo: uno, cinco, diez años. De seguro, encontrará que su "intención" de servir a Dios sobrepasa a la realidad de lo que ha logrado, y que la vida ha transcurrido sin esperarlo a que regrese para cumplir los votos que hizo ante Dios (vea Eclesiastés 5:1-7).

Es bueno hacer también, al mismo tiempo, un inventario de los valores (no objetos, sino actitudes, motivaciones, hábitos y otras inclinaciones y rasgos de su personalidad y carácter) que han atascado el depósito de Dios en su vida, permitiendo que quede sólo lo que él haya logrado en usted, y desechando todo lo que haya venido a entorpecer su misión.

Nuevamente es el Espíritu Santo que debe verter su luz y juzgar lo que es y lo que no es suyo. Formúlese preguntas como: ¿Adónde me quiere llevar Dios? ¿Dónde estoy ahora en su plan? ¿Qué ha hecho Dios conmigo para ayudarme a cumplirlo? ¿Qué me ha estado estorbando para realizar su voluntad?

3. *Ayudarlo a reconocer que no ha hecho todo lo que debía.* Sea honesto consigo mismo y con Dios. El ya sabe todo respecto a usted. Pero es beneficioso reconocer la realidad sobre usted mismo por más dolorosa que sea. Muchas

personas que son confrontadas por Dios respecto a su condición, hacen las de Saúl, que repetidamente se excusó y rehusó admitir, primero que había hecho lo que no le correspondía (lea 1 Samuel 13:11-14), y segundo, que no hizo todo lo que le fue ordenado (lea 1 Samuel 15:13-16).

Dios puede hacer los ajustes necesarios si somos sinceros con él, y admitimos entristecidos que no hemos hecho todo lo que nos ha mandado, pero que tampoco hemos "tocado el anatema". Un medio compromiso con la voluntad de Dios invariadamente produce una media obediencia a su mandamiento y, finalmente, la transigencia de los principios de Dios. Como Saúl, muchos quieren la unción de Dios sin la obediencia, pero Dios "busca... hombre(s) conforme a su corazón" (1 Samuel 15:14).

En todo esto sepa distinguir entre la convicción del Espíritu Santo y la condenación de Satanás. Las dos se parecen al principio. Nos hacen sentir pena por nuestra irresponsabilidad, pero una conduce a la salvación y la otra a la muerte. El Espíritu de Dios da siempre una solución redentiva. El principio es "reconocimiento, confesión, arrepentimiento" y, finalmente, gozo en su salvación. Es la misma acción que lo sacó a usted de su condición de pecado y le dio la redención.

Satanás viene para destruirlo. Lo quiere llevar de mal en peor. Lo acusa para que se sienta culpable y se deprima. No le da soluciones; las que ofrece son trampas para hundirlo aún más. "Sométase a Dios y resista al diablo" (Santiago 4:7).

4. *Mostrarle el peligro de contentarse con menos de lo que Dios quiere.* Una visión añeja produce un compromiso débil con el propósito de Dios. La obediencia a medias genera resultados a medias. No se contente con hacer la mitad de lo que Dios quiere. El no descansará hasta cumplir completamente su objetivo en la tierra, y usted es su instrumento. Habacuc lo pone dentro del contexto de nuestro tema:

¿No viene del Señor de los ejércitos que los pueblos trabajen para el fuego y las naciones se fatiguen en vano? Pues la tierra se llenará del conocimiento de la gloria del Señor como las aguas cubren el mar (Habacuc 2:13-14).

Si usted es como yo, cuando comenzó a caminar con el Señor le hizo muchas promesas. Le dijo que haría todo lo que él le mandara y que iría a donde quiera que lo enviara. Dios sabía que su intención era buena, pero que en ese momento no estaba en condiciones ni tenía la capacidad de cumplir todo lo que había prometido. Por eso lo dejó un tiempo sin solicitar su cumplimiento, y por eso muchos han llegado a creer que a Dios se le olvida lo que decimos. Desde luego que no. Un día nos dará la oportunidad de hacer buenas nuestras promesas.

Entretanto, nos convertimos en el objeto de la preparación del Señor para desarrollar nuestro carácter y

nuestra capacidad de hacer lo que está de primero en su corazón, que es darse a conocer al mundo tal y como es él, por medio de la Iglesia.

Es durante este período que corremos el peligro de equivocarnos de enfoque. Como la acción de Dios en esta etapa viene dirigida a nosotros, es fácil creer que todo lo que él quiere es engrandecernos y bendecirnos, tenernos satisfechos y en un buen lugar. Es fácil caer en el error de pensar que Dios quiere hacernos la vida fácil, cómoda y agradable; que fue la emoción la que motivó todas nuestras promesas, y llegamos a contentarnos con el cumplimiento a medias de lo prometido a él; y así le fallamos a Dios. Los medios resultados desilusionan y la desilusión conduce al descuido moral.

Si el escritor de Eclesiastés es Salomón, un hombre sabio, rico y poderoso, sería un buen ejemplo de alguien que perdió su enfoque original. A ningún otro hombre dio Dios la oportunidad de dar a conocer su majestad y su poderío en toda la tierra como a Salomón.

Primero, Dios ilustraría en su vida y en la de la nación de Israel, lo que él era capaz de hacer con un hombre y un pueblo entregado a cumplir con Su propósito. Dios le dio todo lo que un mortal pudiese ambicionar. Salomón no tuvo que pelear una sola guerra, padecer ninguna persecución o tribulación. Todo lo recibió de la mano del Señor para que cumpliera con su misión de glorificar a Dios. Salomón comenzó bien en su misión, pero en algún lugar del camino, perdió de vista el propósito final de Dios y la preocupación de su propio placer y grandeza se convirtió en el afán de su existencia. Después de que se apartó de Dios, lo probó todo para ver si podía llenar su corazón de satisfacción, y la conclusión a la que llegó es esta frase que repite una y otra vez: "Vanidad de vanidades... todo es vanidad... y correr tras el viento."

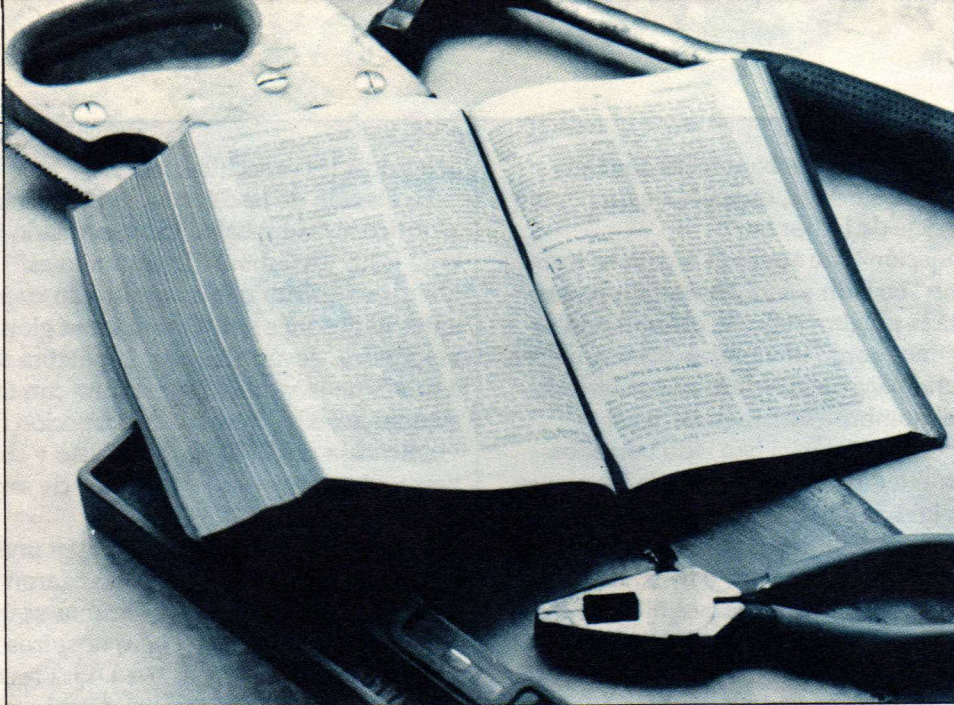
5. *Ayudarle a establecer una meta personal: Agradar a Dios.*

Porque a la persona que le agrada, Dios le ha dado sabiduría, conocimiento y gozo; mas al pecador le ha dado la tarea de recoger y amontonar para darlo al que agrada a Dios (Eclesiastés 2:26).

No podemos medir la eternidad que él ha puesto en nuestros corazones, pero sí podemos juzgar cuando Dios está satisfecho: nosotros lo estamos también.

La conclusión, cuando todo se ha oído, es esta: teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto concierne a toda persona. Porque Dios traerá toda obra a juicio, junto con todo lo oculto, sea bueno o sea malo (Eclesiastés 12:13,14). Δ

Notas: ¹ *Pequeño Larousse*



La Palabra y la tarea

¿Qué hacemos con lo que Dios ha dicho?

Por Charles Simpson

H

ace poco estuve conversando con un líder cristiano, y este me recordó que en años recientes la Iglesia había sido como un tren sobre rieles, movida sobre la "última palabra"; palabras como

carismas, familia, reino, y señales y milagros. Cuando pareciera que ya no viene nada novedoso, la gente y los grupos se preguntan si Dios los haya dejado.

Poco después de esa conversación, otro amigo me preguntó cuál era la "última palabra" para la Iglesia ahora. Yo lo pensé un momento y le respondí: "Creo que la palabra de ahora es hacer todas las otras palabras que hemos recibido. Quizá la 'última palabra' sea trabajo."

Cualquier palabra que se escuche que no sea seguida por su obediencia conduce al engaño o a un sentido falso de cumplimiento (vea Santiago 1:22).

En Juan 17:4-8, Jesús dijo: "Yo les he dado las palabras y te he glorificado terminando la obra" (paráfrasis). Jesús no sólo predicó; también trabajó. No sólo enseñó, también operó en la palabra que tenía. En Hechos 1:1, Lucas declara que su primer relato (el Evangelio de Lucas) trató de todo lo que Jesús comenzó a hacer y enseñar. La enseñanza de Jesús nacía de su hacer. Cualquier enseñanza que no proceda del *hacer* es, en su mejor forma, teórica, y en su peor, engañosa.

Las palabras

Sería incorrecto decir que todos hemos oído las mismas palabras. En cuanto a mí se refiere, hay algunas palabras que quisiera olvidar. Una de ellas es "sujeción." Hasta me cuesta decirla. No hace mucho alguien me preguntó:

"¿Por qué no hemos oído nada sobre la sujeción recientemente?"

Tuve que dominarme para no reaccionar con vehemencia profunda. Pero dije:

"¡Ni la oirás de mí!"

Me hizo pensar en todo el dolor y el abuso que padecí cuando la compartí.

Muchos profetas, como Jeremías, lamentaron la palabra de sus propios mensajes. Pero él tuvo que admitir que "cuando no la hablo es como fuego ardiente encerrado en mis huesos" (Jeremías 20:9 paráfrasis).

"¿Para qué voy a volver a enseñar sobre la sujeción?" Pensé yo. Entonces supe por qué algunos de los profetas del Antiguo Testamento mantuvieron silencio o sólo trajeron palabras "buenas". Isaías los llama "perros mudos"; que no pueden ladrar o dar la alarma. También me di cuenta que un profeta se podía convertir en un "perro mudo", y que yo podía llegar a ser uno. El ladrido a media noche de un

perro guardián no siempre es bien recibido. Si lo hacemos que se calle siempre, después de un tiempo pudiera ser que deje de ladrar.

La palabra "sujeción" fue abusada —*pero no borrada*. La palabra "reino" ha sido y será abusada —*pero no borrada*. Sí, hasta la palabra sobre la oración será abusada por algunos como una fuerza manipuladora, o un ejercicio vano para otros —*pero no será borrada*. Y es obvio que el nombre "carismático" ha sido abusado, pero los dones nunca han sido borrados. ¿Qué hacemos con todas estas palabras de las que se abusa y que se vuelven un estigma debido a su mal uso, o porque son desagradables para nuestra carne? ¿Seguimos buscando otras nuevas, o insistimos con las que tenemos hasta que las hagamos bien? No hay palabra que se escape de ser manchada por el fracaso humano. El quid del asunto es este: ¿Era para usted, la palabra que Dios dio, o usted sólo la llevaba para alguien más? ¿Era importante que usted cumpliera con esa palabra, o Dios quería sólo que la declarase a otros?

La obra de Juan el Bautista terminó cuando entregó su mensaje que Jesús era el Cordero de Dios. El era sólo una voz. Pero para Jesús, la obra apenas comenzaba. Cuando Hageo profetizó a Zorobabel que reedificara el Templo, el profeta había cumplido con su tarea, pero la de Zorobabel comenzaba en ese momento. Para algunos, la tarea termina cuando entregan la palabra. ¡Pero si la palabra es para usted, su tarea apenas comienza!

Yo me alegro de ser parte del proceso de la entrega, pero como Pablo, no quiero ser descalificado después de haber predicado a otros. También quiero ser parte de la tarea.

La tarea

No hay nada que se compare con la unción que viene cuando ministramos una palabra de Dios —con excepción al gozo de terminar la obra. La gloria del Señor llenó el tabernáculo y el Templo cuando fueron terminados por Moisés y Salomón respectivamente. La Biblia deja bien claro que la obra fue acabada de

*No hay nada que se compare
con la unción que viene
cuando ministramos
una palabra de Dios
—con excepción al gozo
de terminar la obra.*

acuerdo a las especificaciones.

La oración de Jesús en Juan 17:4 declara que él glorificó al Padre habiendo terminado la obra. En la cruz Jesús exclamó: "¡Consumado es!" Sólo entonces liberó su espíritu de su angustiado cuerpo. Nunca antes ni después se juntaron tanta gloria y tanta vergüenza. Jesús mantuvo la palabra de su comisión a través de la vergüenza extrema con tal de terminar su obra de expiación. La resurrección fue la vindicación del Padre sobre Cristo y su palabra en la tierra. Aunque sudó gotas como de sangre, no evadió la tarea.

Los apóstoles recibieron también una comisión — una palabra de Cristo — y comenzaron su tarea de discipular a las naciones. Algunos se quedaron atrás debatiendo las palabras, pero nosotros recordamos a los que hicieron la tarea. Y su obra les costó.

En la víspera de su martirio, Pablo, como su Señor, dijo: "He terminado." Pablo no sólo recibió la palabra y la revelación del misterio de la Iglesia, también levantó iglesias a lo largo de todo el Mediterráneo.

John Winthrop, uno de los padres peregrinos dijo:

Debemos considerar que seremos una ciudad sentada sobre un monte. Los ojos de todo el mundo están puestos en nosotros, y si respondemos falsamente a nuestro Dios en la obra que hemos comenzado, y de esa manera hacemos que él quite su presencia de nosotros, seremos un proverbio y una burla en todo el mundo.¹

Los peregrinos no sólo tenían un mundo que los esperaba en el oeste; también hicieron una obra con gran costo en vidas humanas y con gran sacrificio. Los ciudadanos de los Estados Unidos han cosechado el fruto del trabajo de ellos.

La palabra de Dios a través de la historia, sacó a su pueblo de las prisiones del desfavor y lo condujo por el desierto de la prueba, y por los senderos polvorientos del cansancio. Pero en su avance, la palabra los hizo pasar por ríos de oportunidad hasta que alcanzaron la abundancia del favor y de la gracia de Dios.

Nuestra tarea

Hemos recibido palabras —emocionantes algunas y difíciles otras. Pero ¿qué es nuestra tarea? Las palabras que Dios ha dado a la Iglesia en años recientes, marcan el camino de regreso a la fe apostólica, y ofrecen una agenda para una misión a nivel mundial.

Jesús dijo: "Les he dado las palabras." Jesús, *el Verbo*, entregó muchas *palabras*. Nosotros debemos edificar sobre Cristo, *la Palabra*, pero no podemos

*Tenemos que ampliar nuestra comunión
para incluir a todos los que tengan
una palabra de El Verbo,
para luego poner en práctica
lo que él ha dicho.*

construir con una sola palabra. Necesitamos todas las que él nos ha entregado.

Los movimientos que se han levantado en el énfasis de una o dos verdades, ahora se están abriendo a otros movimientos que ofrecen otras verdades. Si descuidamos o rechazamos ciertas palabras —o las relegamos a otros movimientos— tropezaremos. Tenemos que ampliar nuestra comunión para incluir a todos los que tengan una palabra de El Verbo, para luego poner en práctica lo que él ha dicho. Si oímos y obedecemos resistiremos las tormentas.

Voy a sugerir algunas cosas que tenemos que hacer ahora.

1. Nuestra filosofía acerca de quién somos en Cristo y en la Iglesia debe ser bien clara. Uno de los problemas más serios de nuestra sociedad es la falta de identidad. Tener una imagen no es lo mismo que tener identidad. La apariencia es hueca, sin substancia. Es necesario que enseñemos a la Iglesia la identidad que Dios le ha dado individual y corporativamente. Su autoridad y su misión proceden de esta identidad. Nuestra relación con Dios en Cristo, la naturaleza del Nuevo Pacto, el reino y la Iglesia deben ser más que conceptos en nuestra mente. Habrá confusión en la Iglesia si no estamos seguros en estas áreas, y eso hará que demos un sonido incierto que dejará a la sociedad sin conocimiento de quiénes somos, o lo que esperamos que hagan.

2. Nuestra teología acerca de nuestro mensaje debe ser bien clara. Un sonido incierto aquí también producirá confusión. Predicamos a Cristo crucificado y resucitado. Predicamos su reino como la esperanza para los que están bajo el dominio del mal. Las afiliaciones denominacionales o sin denominación no deben influir sobre el mensaje bíblico fundamental y común para todos los creyentes. La historia apostólica es nuestro patrón para la predicación de Cristo y su reino que afectará al mundo.

3. Nuestra misión debe ser una función bien clara. Las siguientes tres áreas son de gran importancia:

• **Capacitar a los cristianos.** Debemos ir más allá de la información a la formación, y a poner en manos de los

cristianos las herramientas necesarias para su misión. Cada cristiano debe conocer su lugar en la iglesia local y su ministerio, y debe ser entrenado para cumplirlo.

• **Edificar la Iglesia.** Jesús declaró que él edificaría su Iglesia, y las crónicas del Nuevo Testamento muestran que la manera en que lo hizo fue por medio de los dones y los ministerios. La capacitación y los dones personales no son el fin. La formación y el entrenamiento de los creyentes son para la edificación de la Iglesia. El criterio bíblico para el uso de un don o de cualquiera actividad espiritual es este: ¿Edifica a la Iglesia?

• **Discipular a las naciones.** Las iglesias locales no son un fin. Las grandes iglesias son las que cumplen con la gran comisión. Las iglesias de Jerusalén, Antioquía, y Efeso fueron centros de ministerios apostólicos de alcance mundial. *Nuestra tarea es capacitar a los cristianos para que edifiquen iglesias que hagan discípulos a las gentes de las naciones.* La Iglesia no es un autobús al que nos subimos mientras vaya en nuestra ruta. Su destino es el nuestro.

John Kennedy hizo famosa esta frase: "No preguntes: '¿qué puede hacer mi país por mí, sino que puedo hacer yo por mi país.'" Es una gran frase para la Iglesia también. ¿Qué podemos hacer por ella?

Recuerdo la carga de Nehemías por Jerusalén. El tema de su libro pudiera ser Nehemías 4:6: "El pueblo tuvo ánimo para trabajar." La obra de restauración no es para el perezoso o el egoísta.

Abraham, Moisés, los apóstoles, y especialmente nuestro Señor, son recordados porque terminaron su tarea. La historia todavía no ha cerrado el capítulo de la renovación de esta generación y sus líderes. Que diga que comenzamos la jornada; que pasamos por lugares áridos donde tentamos al Señor. Pero hágala usted que diga que no retrocedimos, que no morimos en el desierto.

Haga usted que la historia diga que obedecemos la Palabra, que cruzamos el Jordán, que entramos en Canaán, y que terminamos la tarea. ¡Que diga que Dios fue glorificado! Δ

Nota: ¹ Bartlett, John, *Bartlett's Familiar Quotations*. (Boston: Little, Brown and Co. 1980). p. 264.



*Charles Simpson
es editor de Christian Conquest.
Tiene un extenso ministerio
en los Estados Unidos Unidos
de América y en otros países.*

Abriendo sus regalos espirituales

¿Cuánto de lo que Dios nos ha dado estamos usando?

Por David A. Hubbard



M

edite en cómo se sentiría si esto que voy a decir le sucediera a usted. Durante los últimos diez años ha enviado un regalo de Navidad a un amigo en una ciudad distante. Usted ha

estimado y cultivado con afecto esa amistad, y ha considerado con respeto el gusto de su amigo. De manera que cada Navidad usted busca con esmero su regalo. Cada uno ha sido original, diferente del otro —trabajados a mano por los mejores artesanos del mundo.

Además de esa solicitud al escogerlos, usted los envolvió con cuidado: el mejor papel, las cintas más finas, el lazo más delicado —adornaban su regalo como un testimonio más de la profundidad de su aprecio por el ser querido. Entonces, ¿cómo se sentiría usted si pasara lo siguiente? Después de los recuerdos placenteros de diez navidades, usted tiene finalmente la oportunidad de visitar a su amigo. Espera encontrar sus regalos usados para decorar y embellecer la casa. Cuando llega, sin embargo, no hay ninguno a la vista —la vasija de porcelana no está sobre el piano, los candeleros de bronce no están sobre el marco del hogar, los mosaicos pintados a mano no se ven por ninguna parte. La curiosidad lo domina por fin, y usted abre el armario. Consternado, descubre los diez regalos

exquisitamente envueltos en uno de los estantes —ninguno ha sido abierto.

Si usted lograra clasificar la gama emocional de sentimientos punzantes que esta escena evocaría, podría comenzar a imaginar la manera en que Dios se siente respecto a la mayoría de su pueblo. El nos ha dado dones meticulosamente escogidos y eminentemente útiles, y nosotros los hemos dejado sin abrir. No sería una exageración decir que una de las minas más grandes de la historia que no se ha tocado es la de los dones espirituales que el Señor de las iglesias ha impartido a sus amados. Es tiempo de desenvolver los regalos de Dios que tenemos.

En primer lugar debemos recordar que son los dones de Dios. La consideración al Dador debe preceder a la investigación de los dones. Quizá las conocidas palabras de Santiago sean apropiadas para comenzar:

Amados hermanos míos, no os engaños. Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de lo alto, descende del Padre de las luces, con el cual no hay cambio ni sombra de variación. En el ejercicio de su voluntad, El nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que fuéramos las primicias de sus criaturas (Santiago 1:16-17).

Si bien esta descripción de la generosidad

magnífica de Dios abarca un número mayor que los dones específicos del Espíritu, mencionados en pasajes como Romanos 2, 1 Corintios 12, Efesios 4, y 1 Pedro 4, con seguridad los incluye. Ellos son una expresión de la constancia de la gracia de Dios —son parte de la renovación que El quiere traer al mundo que ha creado. Una faceta del gran plan engañoso de Satanás es arrullarnos para que los dejemos sin abrir.

Cuando recordamos que Dios es el Dador de los dones, encontramos una de las maneras más efectivas para evitar caer en la trampa. Hay tres grandes realidades que la Biblia presenta, con toda claridad, respecto a Aquel que hace posible todos los dones, que nos ayudarán a recordarlo: 1) El patrón de Dios como Dador. 2) La presencia de Dios como Dador. 3) El propósito de Dios como Dador. Veamos qué dice su Palabra al respecto.

El patrón de Dios como Dador

Dios es, desde Génesis hasta Apocalipsis, el gran Dador. El es el Dios del corazón generoso, de la mano abierta. Su primer gran regalo y su herencia continua es la creación —El es *el Dador de la vida de la creación*:

Todos ellos (las criaturas de la tierra y el mar) esperan en ti, para que les des su comida a su tiempo. Tú les das, ellos recogen; abres tu mano, se sacian de bienes. Escondes tu rostro, se turban; les quitas el aliento, expiran, y vuelven al polvo. Envías tu Espíritu, y renuevas la faz de la tierra (Salmo 104:27-30).

Dios es el Dios *viviente*, el único ser en todo el universo que es la fuente de su propia vida. Todas las criaturas —ángeles, animales, plantas, seres humanos— viven por el don divino de su vida y por ese don únicamente. Corte esa vida, y el mundo estará más muerto que un riel. Nuestro Dios es un Dador no sólo en la esfera de la creación, sino también en el alcance de la historia —El es *el Dador del rumbo de la historia*:

Decid entre las naciones: El Señor reina; ciertamente, el mundo está bien afirmado, será inmovible; El juzgará a los pueblos con equidad. Alégrense los cielos y regójese la tierra; rujá el mar y cuanto contiene; gócese el campo y todo lo que en él hay. Entonces todos los árboles del bosque cantarán con gozo delante del Señor, que viene; porque él viene a juzgar la tierra: juzgará al mundo con justicia, y a los

pueblos con su fidelidad (Salmo 96:10-13).

Dios reina, Dios viene, Dios juzga —estas exclamaciones proclaman su señorío. El usa a los pueblos en todos los continentes y los acontecimientos en todos los siglos para llevar a cabo su voluntad y obrar sus propósitos. Su gracia y su juicio dan a la historia humana su dirección universal. El rescate del pecado y de la insignificancia, que el mundo necesita tan desesperadamente, es también un regalo de Dios —El es *el Dador de la salvación*:

Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas, su diestra y su santo brazo le han dado la victoria. El Señor ha dado a conocer su salvación; a la vista de las naciones ha revelado su justicia. Se ha acordado de su misericordia y de su fidelidad para con la casa de Israel; todos los términos de la tierra han visto la salvación de nuestro Dios (Salmo 98:1-3).

No hay salvación sin el regalo de Dios —es la consigna bíblica. Parte de ella, por lo menos. La otra parte es esta: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en él, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). Como el más generoso Dador de la historia, Dios llega al clímax de su magnanimidad entregando a su Hijo. No se reservó nada; dio lo mejor. Nuestra comprensión de sus dones espirituales comienza aquí: son una parte de su proceso de traer vida, dirección y salvación a la familia humana. Y debido a que es el máximo Dador quien los envía, y son buenos y perfectos, nosotros los abrimos con deleite y los ponemos a funcionar con entusiasmo.

La presencia de Dios como Dador

Cuando hablamos de Dios, ninguna ilustración le hace justicia. Su gracia es demasiado variada, su patrón de dar demasiado espléndido para poderlo ilustrar con ejemplos humanos —sea la Navidad o cualquier otro. No sólo da a su Hijo, un acto de amor que resiste toda ilustración, sino que él mismo viene a su pueblo en la persona del Espíritu Santo, que es su don para todos lo que han declarado lealtad total en el arrepentimiento y la fe.

En forma concisa, *el Dador y la dádiva son uno*. Todos los que verdaderamente se apartan de sus pecados y creen que Jesús es el Hijo de Dios y su Salvador tienen el Espíritu Santo. Realmente es él

*Los dones
que Dios nos da
tienen una razón
que es cumplir
su propósito:
ganar hombres
y mujeres
para que tengan fe en él
y plantarlos
con solidez en ella.*

quien hace posible este cambio; es él quien nos capacita para que nuestros corazones endurecidos y nuestros ojos ennegrecidos conozcan y vean la verdad de Dios.

Con el don —singular— del Espíritu vienen los dones —plural— del Espíritu. En otras palabras, Dios no hace su obra a control remoto, enviando señales desde algún transmisor celestial. El está presente dentro de nosotros —entrenándonos, animándonos, capacitándonos, dándonos poder para cumplir nuestro servicio.

El propósito de Dios como Dador

Dios, que vino a la tierra en su Hijo y habita en nosotros en su Espíritu, es el Dador de los dones espirituales. Ha hecho todo esto con un propósito especial, que es el mismo por el que hizo todas las cosas desde el amanecer de la creación hasta ahora.

No debemos pasarlos por alto. Como Dios es el Dador, *podemos llamar buenos sus dones*. Podemos usar el "bueno en gran manera" como describiera los actos diarios de la creación en el principio (Génesis 1). Vienen "de lo alto" como nos enseña a decir Santiago. Son parte de "toda buena dádiva y todo don perfecto" que menciona él. Quien los envía es absolutamente brillante y totalmente consistente. "Padre de las luces, con el cual no hay cambio ni sombra de variación." Los dones de Dios son buenos porque

tienen *propósito*. No hay trivialidad o inconsecuencia o frivolidad o pretensión; los dones que Dios nos da tienen una razón que es cumplir su propósito: ganar hombres y mujeres para que tengan fe en él y plantarlos con solidez en ella.

Debido a que Dios es el Dador, *podemos estar seguros de que sus dones funcionan*. Sus dones son expresiones de su poder y su presencia. Cuando él habló esas poderosas palabras de la creación: "Sea la luz" ¿tuvo la luz alguna alternativa de no ser (Génesis 1:3)? Cuando él extendió su mano para partir el mar, ¿osó este no abrirse para dejar pasar a su pueblo (Exodo 14:21)? Cuando El envió fuego del cielo en respuesta a la oración de Elías, ¿tuvieron alguna elección los sacrificios para no quemarse (1 Reyes 18:38)? Los dones de Dios son *efectivos*. Ellos son la obra de su propio Espíritu llevando a cabo los cambios sagrados en las vidas humanas.

Debido a que Dios es el Dador, *debemos tratar sus dones con plena seriedad*. Ellos no son juguetes para divertirnos en días lluviosos. No son la herencia de la familia que se guarda en algún cofre para recoger polvo. Tampoco son trofeos para exhibir nuestras proezas.

El Señor de la creación, de la historia, y de la salvación los da como medios para incluirnos a nosotros en su obra. Como tales sus dones son *esenciales*. Desde luego, que El cumpliría su obra de otra manera si se viera forzado a hacerlo. Por eso es Dios. Pero esta es la manera que él ha escogido obrar. El Dador de toda buena dádiva es la Persona que nos ha capacitado como personas para hacer buenas obras espirituales en las vidas de otras personas.

Es tiempo de revisar los estantes de nuestras vidas para ver si hay algún don que no estamos usando. Nada beneficiará más a la Iglesia de Jesucristo, nada deleitará más el corazón del Dador de la vida que una fiesta para abrir los regalos. Todos estamos invitados.

Tomado de Unwrapping Your Spiritual Gifts por David Allan Hubbard, copyright 1985; usado con permiso de Word Books, Publisher, Waco, Texas .



*David Allan Hubbard
es presidente
del Seminario Teológico Fuller
en Pasadena, California.
Es autor de más de treinta
libros, y editor general del
Comentario Bíblico
La Palabra.*

Cuando Dios llama

Cómo superar los obstáculos para dar el paso de fe

Por Don Basham

Era casi la media noche, un lunes en diciembre de 1967, cuando regresé a la casa pastoral después de haber presentado mi renuncia como pastor de una iglesia en Sharon, Pennsylvania. Le había explicado a la junta directiva que Dios me estaba llamando a un ministerio de escritor y conferencista. Yo sentía que Dios quería que viajara por todo el país, enseñando e interpretando la renovación carismática a todo el cuerpo de Cristo. Mi primer libro *Frente a un milagro*, había sido publicado hacía escasos meses, dando como resultado un creciente número de invitaciones para ministerio afuera. Además creía que habría de escribir otros libros.

Mi nuevo ministerio sonaba grandioso mientras lo describía pero, de regreso en la casa pastoral, fui dominado repentinamente de sentimientos casi de terror. ¿Qué había hecho? En un mes estaría sin una entrada fija —sin salario, sin gastos de transportación, sin el mes de vacaciones, sin casa pastoral, sin programa de pensión.

¿Cómo me iría a los cuarenta años de edad con esposa y cinco hijos que mantener? ¿Podría confiar en Dios para que abriera suficientes puertas de ministerio? ¿Tendría lo necesario para mantener a mi familia? ¿Estaba dando realmente un paso de fe, o buscaba una salida a las pesadas responsabilidades que implican pastorear una congregación de quinientos miembros? ¿Cómo podía estar seguro que había oído la voz de Dios?

Durante semanas, mi esposa y yo habíamos estado luchando con la decisión. En ese tiempo enfrentamos todas las dudas, y nos hicimos todas las preguntas con las que lidian los creyentes cuando sienten que Dios los ha llamado a algún aspecto nuevo de su propósito.



A lo largo de ese tiempo de temores, aprendí lo fácil que es hablar de confiar en Dios y lo difícil que es hacerlo realmente. Les había dicho repetidamente a los miembros de mi congregación que ellos podían confiar en las promesas de Dios, que adonde Dios dirige, él suple. Era buena la prédica y yo creía en lo que decía. Pero cuando tuve que tomar finalmente la decisión de abandonar el pastorado y confiar en Dios, no sólo necesitaba que él abriera las puertas, sino también que supliera para las necesidades diarias, me encontré en un terreno totalmente nuevo y precario.

Presionado de esta manera, oré larga y diligentemente para que Dios me mostrara si estaba haciendo lo correcto.

Muchos cristianos se frustran porque no saben cómo enfrentar las interrogantes que se levantan cuando creen que Dios pudiera estarlos llamando a una nueva vocación espiritual.

Pero algunas penetraciones en el texto bíblico ayudarán a superar los obstáculos que impiden dar el paso de fe. Veamos primeramente el llamamiento de Moisés.

El llamamiento de Moisés

Exodo, capítulos tres y cuatro, narra la manera en que Dios habló a Moisés desde la zarza ardiendo y le dijo que planeaba liberar a su pueblo de la esclavitud en Egipto. ¡Imagínese usted estar presente con Moisés ese día, viendo arder la zarza y oyendo la voz de Dios! Moisés debió haberse quedado admirado y sobrecogido, como nosotros lo hubiéramos hecho.

Pero el costo para Moisés de esa dramática experiencia probó ser muy doloroso y alto. Su reacción inicial pudo haber sido algo así como: "Esas son noticias maravillosas, Dios. Después de todos

estos años, has decidido liberar a tu pueblo. Y ¿cómo piensas hacerlo?"

Obviamente no estaba preparado para la respuesta de Dios: "Ahora pues, ven y te enviaré a Faraón, para que saques a mi pueblo, los hijos de Israel, de Egipto" (Exodo 3:10).

Ante esas palabras, la admiración y el sobrecogimiento de Moisés se tornaron en aprensión. Todo tipo de objeciones se formaron en su mente, y no titubeó en decirlas a Dios.

"¿Quién soy yo para ir?" (Exodo 3:11).

"¿Y si no me creen, ni escuchan mi voz?" (Exodo 4:1).

"Por favor, Señor, nunca he sido hombre elocuente" (Exodo 4:10).

"Te ruego, Señor, envía (a otro) ahora el mensaje por medio de quien tú quieras" (Exodo 4:13).

Cada una de las reacciones de Moisés representan un obstáculo común para dar el paso de fe. Note que todas nacen de su imaginación. La mente es casi siempre el campo de batalla más grande cuando se trata de decidir si vamos a seguir a Dios o no.

Moisés era sólo un hombre ordinario. Y como cualquier hombre ordinario, su reacción inicial al llamado de Dios fue negativa. En realidad, todas sus palabras expresaban la razón del por qué *no* quería obedecer a Dios. La mayoría de nosotros responde de la misma manera cuando sentimos por primera vez que Dios nos llama a una tarea nueva. Nuestras objeciones son las mismas de Moisés. Examinemos cada una de ellas.

"¿Quién soy yo?"

Su primera protesta, "¿Quién soy yo para ir?" refleja la crisis repentina de identidad a la que se enfrentaba Moisés. Habiendo enterrado en las arenas de Egipto su primer intento de ayudar a su pueblo, huyó al fondo del desierto de Madián, y por cuarenta años se forjó una vida nueva, tratando de olvidar todo el dilema de Israel. Confrontado de nuevo con su destino, no se sentía muy seguro de estar listo todavía. Cualquier creyente con una visión de un servicio a Dios nuevo o más efectivo, lucha con la



misma mezcla de deseos y temores.

Sucedió lo mismo en mi caso. El temor de que quizá Dios no me había llamado realmente a dejar el pastorado para comenzar un ministerio de fe, competía con el temor más grande de que sí me había hablado, pero que yo no era competente para responder en forma afirmativa. La crisis consistía no sólo en mi conflicto por aceptar quién era yo en Cristo Jesús y creer que tenía un destino en Dios que cumplir, sino también en si tenía el valor de comenzar una vida nueva radicalmente diferente. ¿Creía realmente como

Pablo que "todo lo puedo en Cristo que me fortalece"? (Filipenses 4:13).

"¿Y si no me creen?"

La segunda objeción, "¿Y si no me creen, ni escuchan mi voz?" refleja uno de los impedimentos más comunes y poderosos para moverse con fe: temor de fracasar. Moisés se formó un cuadro de sí mismo tratando de obedecer a Dios y acabando humillado y fracasado. La imagen mental negativa que él proyectó es común en todos los cristianos que luchan con la duda cuando están a punto de dar un paso de fe—esto nos incluye a casi todos. El diablo es un experto grabador de tales imágenes en las tablas de nuestra imaginación.

Nuestro temor a fracasar está ligado íntimamente al temor de la opinión pública; en todos nosotros radica un fuerte deseo de ser aceptados y aprobados. Además, cuando fracasamos o no alcanzamos completamente la meta, nuestras insuficiencias se revelan casi siempre a plena vista del público. Si sólo pudiéramos seguir a Dios en secreto, entonces no sería tanta la vergüenza de fallar. Nadie lo sabría, sólo Dios y nosotros. Pero no sucede de esa manera. Jesús advierte que seguirlo a él por la fe tiene su precio.

Bienaventurados seréis cuando [no si] os insulten y persigan, y digan todo género de mal contra vosotros falsamente, por causa de mí. Regocijaos y alegraos, porque vuestra recompensa en los cielos es grande..." (Mateo 5:11-12).

Para empeorar las cosas, algunas críticas no entran en la categoría de "sufrir por causa del Señor." Más bien son consecuencia de nuestra ineptitud. Aún tomando en cuenta todas nuestras buenas intenciones cuando intentamos algo nuevo, en forma inevitable, cometemos errores por los cuales podemos ser justamente criticados.

Como el resto de todos, yo anhelaba ser aprobado y trataba de escapar a la crítica. Fácilmente podía identificarme con el temor de Moisés de fracasar y ser rechazado. Ese temor era el factor principal que tornaba bien difícil mi decisión. La verdad es que cuando entregué mi renuncia y regresé a la casa pastoral esa noche, de repente, me embargó un miedo tan grande de haber cometido un grave error que me dormí llorando.

"Nunca he sido hombre elocuente"

La tercera objeción, "Por favor, Señor, nunca he sido hombre elocuente", refleja la retirada de Moisés a una estimación propia muy baja. Había catalogado todas sus limitaciones, y recogido todas las razones que pudo encontrar, para probarle a Dios que había escogido al hombre equivocado para la tarea.

Moisés era lo suficientemente inteligente como para darse cuenta que la misión a la que Dios lo enviaba requería de talentos que él no tenía —la capacidad de presentar un argumento con persuasión y elocuencia que se necesitaba para inspirar a grandes multitudes. Haciendo un inventario de sus restricciones y descontando la promesa de Dios de ayudarlo, concluyó que no estaba calificado.

Yo también luche de una forma semejante con mis propias insuficiencias. Si bien había leído y me había inspirado con los testimonios de hombres que se habían aventurado en fe. Me convencí que no estaba en la categoría de ellos, que tenía muy pocas o ninguna de sus habilidades o ambiciones. Era un don nadie espiritual, un tímido pastor muy ocupado, llevando un ministerio modesto entre miembros apáticos con una fe y una visión limitadas.

Todavía no había descubierto una verdad fundamental en la vida del espíritu, que Dios muy rara vez nos llama a alguna tarea que podamos hacer



aceptablemente sin su ayuda. Mis esfuerzos para seguir a Dios en los años subsecuentes han confirmado repetidamente esa verdad. Cada vez que me siento llamado a hacer algo fácil para mí, que no requiere de fe y sí de poca dependencia de su gracia, por lo general termino insatisfecho y admitiendo que el deseo se había originado en mí y no en Dios.

Limitar nuestros intentos de obedecer a Dios a sólo las cosas que sabemos que podemos hacer no requiere de fe. Y sin fe nunca subiremos al nivel de efectividad que Dios sabe que podemos alcanzar. La intención de Dios

siempre, es acompañarnos en la tarea a la que nos llama y —si confiamos en él— de suplir todos los recursos que necesitamos para cumplirla. Pero, como Moisés, me era difícil recordarlo.

"Envía a otro"

La objeción final, "Te ruego, Señor, envía ahora el mensaje por medio de quien tú quieras", es el único resultado que se puede esperar de permanecer en una actitud tan negativa. Darnos por vencidos es inevitable cuando estamos de acuerdo con las razones del diablo que fracasaremos en vez de acordar con Dios que dice que triunfaremos. Como solía decir mi amigo Rufus Moseley: "Dios vota siempre por nosotros, el diablo vota siempre contra nosotros, y nosotros decidimos la elección con nuestro voto."

A pesar de todas las respuestas tranquilizadoras de Dios a sus primeras tres objeciones, Moisés buscaba aún una salida. Estaba aprendiendo un lección poderosa que todo cristiano fiel debe aprender tarde o temprano: Que una cosa es tener experiencias con Dios y ser bendecido y fortalecido por ellas, y otra responder al llamamiento que a menudo viene con dichas experiencias. La Escritura dice: "A todo el que se le haya dado mucho, mucho se demandará de él" (Lucas 12:48).

Es triste, pero muchos cristianos buscan a menudo experiencias espirituales para gozar de bienestar personal. Pero estas no se dan sólo para hacernos sentir bien; vienen para capacitarnos para el ministerio. Abundan los cristianos que se quitan los zapatos cuando están parados en tierra santa, que nunca se los vuelven a poner para hacer la obra del

ministerio que se les ha asignado.

Pedro estaba tan entusiasmado con Jesús, Moisés, y Elías, en el monte de la transfiguración, que quiso levantar tres tabernáculos para continuar disfrutando de la gloria en la presencia de Dios. Pero al pie de la montaña un padre desesperado esperaba la liberación de su hijo epiléptico. La necesidad humana acampa al pie de cada monte de transfiguración.

El paso de fe

En reconocimiento suyo, al final Moisés no permitió que su crisis de identidad, que su baja estimación personal, que su temor a fracasar o de la opinión pública le impidieran obedecer a Dios. Y por medio de él, Dios liberó a los hijos de Israel de Egipto y, finalmente, los llevó a la tierra prometida. Pero sólo hasta que Moisés comenzó a obedecer fue que encontró el poder de Dios con él para ayudarlo.

Cualquiera que sea la ocasión en la que Dios nos llame para hacer la obra del ministerio, no importa cuán poderoso haya sido el llamamiento o cuánta confirmación sobrenatural hubo, siempre tendremos que luchar contra nuestras dudas y temores. Esos "qué sí..." con los que cuestionamos a Dios son objeciones clásicas que todos los creyentes levantan cuando llega el momento de dar el paso de fe. Y sólo cuando damos ese paso de fe descubrimos que la presencia y el poder de Dios están con nosotros.

Yo llegué a ver, en mi propia lucha, que si insistía en esperar hasta que todas mis dudas fueran disipadas, que podría esperar para siempre y nunca hacer nada de valor para el Señor. Pero esa conclusión no me vino fácil. Antes de renunciar a la iglesia oré mucho y con fervor: "Dios, creo que Tú quieres que dé un paso de fe —pero, por favor, muéstrame cómo será mi nuevo ministerio. Muéstrame dónde viviremos y cómo suplirás nuestras necesidades. Muéstrame esas cosas y daré el paso." Y una y otra vez, la quieta voz del Espíritu respondía: "Da el paso y te lo mostraré."

Por fin llegué a comprender que mi insistencia para que Dios me mostrara por adelantado cómo lo haría, era un intento de eliminar mi necesidad de tener fe. Si estuviera absolutamente seguro que Dios me llamaba, no necesitaría la fe para responder. Pero existe una contradicción básica entre estar seguro y ejercer la fe. Y la Biblia dice claramente que "sin fe es imposible agradar a Dios" (Hebreos 11:6).

¿Podemos alguna vez estar absolutamente seguros —por adelantado— que estamos haciendo lo correcto? Yo no lo creo. Muchos se preguntan: "¿Qué pasa si cometo un error? ¿Qué sucede si doy el paso y

Dios perdona fácilmente los errores y las equivocaciones que hacemos en nuestro intento de seguirlo. Y si damos un primer paso y nos equivocamos, él está allí para ayudarnos a dar un segundo paso correcto.

no es Dios?" Desde luego, siempre existe esa posibilidad. Pero Dios perdona fácilmente los errores y las equivocaciones que hacemos en nuestro intento de seguirlo. Y si damos un primer paso y nos equivocamos, él está allí para ayudarnos a dar un segundo paso correcto. La tragedia mayor es creer con nuestro corazón que Dios tiene un propósito superior para nosotros, y nunca cobrar el suficiente valor para dar el paso y darle una oportunidad de probarlo.

¿Qué sucede cuando obedecemos?

No sería sincero si pretendiera que no han habido severas pruebas y fracasos humillantes durante los años desde que dejé el pastado para comenzar un "ministerio de fe". Los he tenido. Pero mucho más importantes son los éxitos y las victorias.

Cuando pienso en los últimos veinte años de seguir al Señor, sólo puedo dar gracias por su fidelidad. Si hubiera esperado hasta "estar seguro" y hubiera permanecido en el pastado denominacional, seguramente que mi ministerio hubiera ayudado a ciertas personas y me hubiera dado ciertas satisfacciones. Pero también sé que si me hubiera decidido por eso, hubiera aceptado mucho menos de lo que Dios tenía para mí.

Cuando me detengo a contar mis bendiciones y me pregunto por qué han resultado tan bien las cosas, o cuando considero el incremento en la extensión y efectividad de mi ministerio, debo conceder que tiene muy poco o nada que ver con la capacidad natural, y todo con la confianza y la obediencia a Dios.

He llegado a convencerme que cuando —con temor y temblor— enfrenté los obstáculos y encontré el suficiente valor en Dios para dar el paso de fe, a pesar de ellos, fue causa para que Dios se hiciera más

directamente responsable de mí de lo que le había permitido antes. Y él lo aceptó y derramó su gracia abundante en mi ministerio como escritor y conferencista. Oportunidades para ministerio que nunca soñé comenzaron a aparecer, y a lo largo de los años, señales y milagros han confirmado mi enseñanza como nunca imaginé.

Yo sé que el miedo que me dominó momentáneamente la noche que renuncié todavía me asedia tan implacable como siempre. Lo he tenido que confrontar muchas veces. Pero confío en la gracia de Dios para que me siga guardando y protegiendo a lo largo de los años que me quedan.

Hará lo mismo para usted

Yo sé lo que es oír un gran testimonio y al diablo al mismo tiempo decir: "Pero eso nunca te pasará a ti." Y sé que alguno de ustedes que leen estas palabras tiene un profundo deseo de hacer más para Dios, pero lucha continuamente con dudas y temores. Sin quererlo acepta las mentiras del diablo diciendo, como yo lo hice a menudo, "pero eso nunca me pasará a mí."

Usted enfrenta las mismas luchas y temores con las mismas dudas y preguntas que yo he tenido, y si se deja dominar por ellos, detendrá y finalmente frustrará el cumplimiento del propósito más alto de Dios para su vida.

Usted desea ser un cristiano más efectivo, cree que Dios le ha hablado dando dirección para su vida, pero no quiere ser impetuoso. No quiere desoír a Dios, pero tampoco quiere ser insensato. Algunos de sus amigos con quienes ha hablado parecen dudar que usted haya oído de Dios, y con toda sinceridad le han aconsejado que tenga cuidado con los cambios repentinos. Créame que yo conozco todo eso.

Sólo el consejo de su pastor o de otros creyentes maduros que hayan aceptado alguna responsabilidad espiritual sobre usted se deben tomar en cuenta cuando usted considera dar un paso nuevo de fe. Y aún después de recibir y pesar su consejo, en el análisis final, usted debe actuar únicamente sobre lo que cree que Dios le está diciendo que haga.

Recuerde que la única manera en que usted encontrará respuestas para todas sus preguntas ansiosas, la única manera que superará todos los obstáculos que el diablo pone en su camino, la única manera que usted estará seguro que Dios lo ha llamado a una aventura santa y sublime con él, es dando el paso de fe, confiando en Dios para que confirme Su palabra en el desarrollo de su andar

cotidiano con él. El ha prometido que nunca lo dejará ni lo abandonará. Yo creo en su palabra. La he probado y es veraz. Y usted también puede. Δ



Don Basham se graduó de la universidad de Phillips y del seminario en Enid, Oklahoma. Desde 1976 hasta 1982 sirvió como Editor de New Wine y hasta 1986 como Consultor Editorial. Es el autor de varios libros entre ellos Frente a un milagro y Líbranos del mal. Don pasó a la presencia de Dios el 27 de marzo de 1989.

CONQUISTA®

CRISTIANA CAPACITANDO
PARA LA ACCIONI

Vol.1, No. 14 — setiembre/octubre 1989

Director: Hugo M. Zelaya
Editor: Noé Martínez Q.
Administrador: Guyon H. Massey

CONQUISTA CRISTIANA
es publicada bimestralmente por el
Centro Para Desarrollo Cristiano,
Teléfono: 36-50-80
Apartado 5551,
1000 San José, Costa Rica.

© Copyright 1989
Derechos Reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial
sin el permiso de los editores.

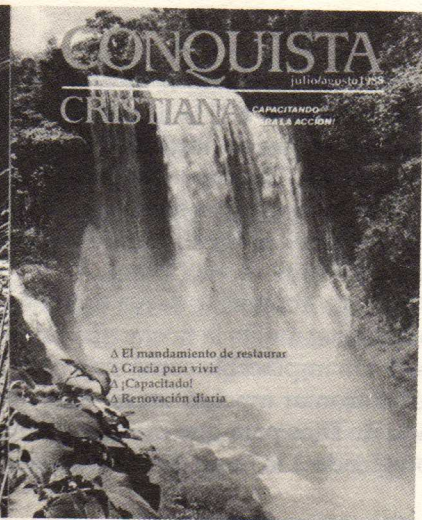
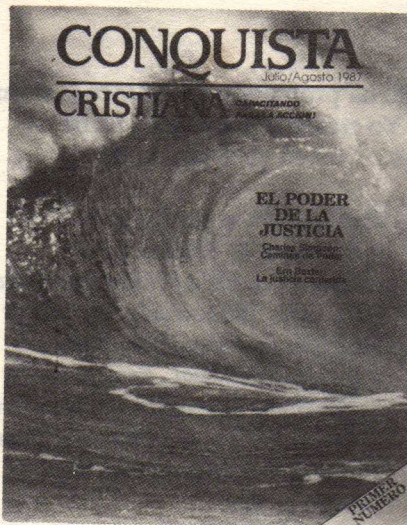
Los puntos de vista expresados en CONQUISTA CRISTIANA
representan la opinión de sus escritores y no necesariamente de
los editores o directores.

El material que se envíe para su publicación debe ser escrito a
máquina, a doble espacio y por una sola cara de la hoja.

Si desea devolución del manuscrito, incluya un sobre con su
dirección y el importe postal correspondiente.

A menos que se indique de otra manera, las citas corresponden
a la Biblia de las Américas, The Lockman Foundation.

Impresa en Costa Rica
por Litografía Costa Rica, S.A.



Suscríbese hoy mismo: envíe \$10

(Contribución en dólares para 1 año)

CONQUISTA®
CRISTIANA CAPACITANDO
PARA LA ACCION!

CENTRO PARA DESARROLLO CRISTIANO

Teléfono 36-50-80

Apartado 5551

1000 San José, Costa Rica



Porte pagado
Permiso No.7